

BOLETIN



ECLESIAÍSTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

CARTA sobre el futuro Concilio ecuménico, dirigida por Monseñor el Obispo de Orleans al clero de su diócesis.

(Continuacion.)

La Iglesia, institutora de las almas, se vale del método de toda buena educación, la autoridad y la paciencia. Si se duda, afirma; se desmiente, insiste; se oscurece, ilumina; se divide, une; repite siempre y siempre las mismas lecciones, ¡y qué lecciones! La verdadera naturaleza del hombre, la libertad y responsabilidad moral, la inmortalidad del alma, la regla sagrada del matrimonio, la ley de la justicia, la ley de la caridad, la inviolabilidad del derecho y de la propiedad, el deber de trabajar, la necesidad de paz. Esto siempre, esto en todas partes, esto á todos, á los reyes y á los pastores, á los griegos y á los romanos, á Inglaterra y á Francia, á Europa y á Australia, á Carlomagno y á Washington.

Me atrevo asegurar que la conti-

nuidad de estas afirmaciones constituye también el orden de las sociedades y de los espíritus, como la salida del mismo sol constituye el orden de las estaciones y la prosperidad de los trabajos de la tierra. Oh filósofos que desdeñais á la Iglesia, sed francos; sin ella ¿qué hubiera sido entre los pueblos de la nación del Dios vivo? ¡O protestantes, ó griegos, convenid que sin la Iglesia hubiérais visto borrarse la imagen de Jesucristo! O moralistas y políticos, sin ella ¿qué hubiérais hecho de la familia y de la santidad del matrimonio?

Pues bien: lo que la Iglesia de Jesucristo ha hecho va á hacerlo otra vez; va á firmar de nuevo lo que ya ha dicho, continuará su vida, su marcha, su obra con el mismo espíritu de sabiduría y caridad; continuará haciendo que las grandes verdades de que es guardian pasen á la razón de los hombres, y de ese modo, y solamente de ese modo, es como obra sobre las sociedades.

Se ha dicho: la religion de los pue-

blos es toda su moral. Y siendo la moral el verdadero origen de la buena política y de las buenas leyes, todo el progreso de un pueblo consiste en hacer descender cada vez más á la vida privada y pública los principios primordiales de la justicia. Luégo todo pueblo que marche en el sentido cristiano marchará al progreso, y todo siglo que quiera resolver contra el Evangelio las cuestiones que agitan á la humanidad, seguirá mal camino, irá á la decadencia. Interrogad al pasado y él os responderá: ¿Quién ha expulsado del mundo la corrupción pagana? ¿Quién ha civilizado los bárbaros convirtiéndolos? ¿Ved el Oriente cuando el cristianismo florecia en él, y vedle bajo el dominio de Islam! La influencia del cristianismo en las civilizaciones es un hecho tan brillante como el sol. Pero los principios del Evangelio están muy lejos de haber dado todo lo que contienen, y el tiempo mismo nunca los agotará, porque tienen una profundidad infinita.

De modo que aún cuando los siglos hayan sacado del principio cristiano de la caridad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres consecuencias que han cambiado el antiguo mundo, están muy lejos de haberse hecho todas las aplicaciones sociales de esa bellísima doctrina; y, á mi juicio, la misión propia de las sociedades modernas es hacer penetrar cada vez más ese bello principio en las leyes y en las costumbres, y sacar de él consecuencias políticas, económicas y sociales, que serán la honra de este siglo si no se sale de las vías cristianas. Pero la misión de la Igle-

sia y de sus Concilios es mantener los principios evangélicos puros de toda interpretación que los falsee.

Luego toda gran manifestación de las verdades evangélicas, todo cuanto ilustre lo oscuro ó mal entendido, toda concordia de los pueblos con el cristianismo es una obra de progreso social y religioso á la vez. Y esa es precisamente la obra del Concilio. Y por eso la Iglesia va á hacer ese gran esfuerzo y á desplegar, como dice el Padre Santo, todas sus fuerzas, *ut omnes nostras magis magisque exaremus vires*; y por eso los Obispos católicos acudirán de todos los puntos del mundo á consultar con su jefe: *Sua nobiscum communicare et conferre consilia*.

En vano decis en vuestras injustas é ignorantes prevenciones que la Iglesia es antigua y los tiempos son nuevos. También son antiguas las leyes del mundo; y todas las nuevas invenciones de que tan justamente estais orgullosos existen y se reúnen sólo por la aplicación de esas leyes.

¡Ah! vosotros ignorais los elementos tan delicados y resistentes á la vez con que su Divino Fundador ha formado á la Iglesia, y la organización tan estable y progresiva á un mismo tiempo que le ha dado. Tal es la fecundidad y la profundidad de sus dogmas, y tal también el carácter expansivo de su constitución, que nunca será adelantada por ningún progreso de la sociedad humana, y que puede vivir bajo todos los sistemas políticos. Sin alterar nada de su símbolo saca de su tesoro, como dice Nuestro Señor, de siglo en siglo y con

arreglo á las necesidades de los tiempos cosas antiguas y cosas nuevas, *de thesauro suo proferte nova et vetera*; y siempre la encontrareis dispuesta á adaptarse á todas las grandes transformaciones sociales y á seguir á la humanidad en todas las fases de su existencia. El Evangelio es la luz del mundo y siempre lo será; y por eso, creedlo con toda seguridad, el próximo Concilio será una aurora y no un ocaso.

VI.

TEMORES INFUNDADOS CON MOTIVO DEL CONCILIO.

¿Qué temeis, pues, católicos tímidos ó políticos asustadizos? ¡Ah! la humanidad debe regocijarse de la magnánima resolución de Pio IX, porque debe ser tanto para los que creen como para los que no tienen la dicha de creer, una solemne esperanza. Si teneis fe, ya sabeis que el espíritu de Dios preside esas asambleas. Sin duda que allí habrá hombres, y por consiguiente posibles debilidades. Pero habrá también santo entusiasmo, grandes virtudes, altas luces, celo puro y animoso por la gloria de Dios y el bien de las almas; admirable espíritu de caridad, y por encima de todo una fuerza superior y divina; y Dios, allí como siempre, hará su obra.

«Dios dice Fenelon, vela para que los Obispos se congreguen libremente siempre que sea necesario, que estén suficientemente instruidos y atentos, y que ningun motivo corrompido arrastre contra la verdad á los que de ella son depositarios. Podrá haber en

el curso de un exámen movimientos irregulares. Pero Dios sabe sacar lo que le agrada; los trae á su fin, y la conclusion viene infaliblemente al punto preciso por él marcado (1).»

Aun cuando se tenga la desgracia de no ser cristiano y de no reconocer en la Iglesia la voz, bajo el simple punto de vista humano, ¿qué más digno de simpatía y respeto que esa gran tentativa de la Iglesia católica para trabajar en lo que la concierne, en la ilustracion y la paz del mundo? ¿Y qué más augusto que la asamblea de esos setecientos ú ochocientos Obispos, venidos de Europa, de Asia, de Africa, de las dos Américas, de las lejanas islas de Oceania, representantes los más autorizados por la edad, la ciencia y la virtud de todos los países que habitan, de todos los hombres del globo, con los que están en diario contacto, verdadero senado de la humanidad? Esto no se ve en ninguna parte, y esto se verá en Roma. Y á ménos de tener el sentido turbado por injustas preocupaciones, por las cábalas, exageraciones ó arrebatos de los partidos, ¿puede temerse algo de una reunion de ancianos venidos de todos los puntos del globo, desconocidos casi todos unos para otros, sin más lazo anterior que la comunidad de la fe y de la virtud? ¿Dónde podrá encontrarse sobre la tierra una más alta garantía de sabiduría, y aún de la sabiduría tal cual los hombres la entienden?

He oido decir que los tiempos mo-

(1) Se gunda instruccion pastoral sobre el caso de conciencia, capítulo II, art. 3.

dermos, descontentos por repetidas experiencias de la confianza en un sólo hombre, tienen fe en las asambleas; ¿qué asamblea podrá presentar una reunión semejante de talentos, de independencia, tal diversidad en la unidad?

¿Qué son esos Obispos? Leed sus divisas:

¡En el nombre del Señor!—¡Traigo la Paz!—¡Deseo la luz!—¡Vierdo caridad!—¡No me niego al trabajo!—¡Sirvo á Dios!—¡Sólo sé á Cristo!—¡Todo para todos!—¡Triunfar del mal por el bien!—¡Paz en la caridad! etc.

En cuanto á ellos han perdido sus nombres de ántes, firman con el nombre de un santo y el nombre de una ciudad. Su nombre se ha ocultado, como el del arquitecto, con la primera piedra del templo. Ahí están Babilonia y Jerusalem, Nueva-York y Westminster, Efeso y Antioquía, Cartago y Sidon, Munich y Dublin, París y Pekin, Viena y Lima, Toledo y Malinas, Colonia y Mayence. Y ellos se llaman también Pedro, Pablo, Juan, Francisco, Vicente, Agustín, Domingo, nombres de los grandes hombres que han fundado ó ilustrado los pueblos anunciándoles el Evangelio. No sólo llevan nombres pasados y presentes, sino también nombres del porvenir. Este está en el Rio Colorado, este otro en Dahomey, en Victoria, en Saigon. Nosotros trabajamos para las tierras aún sin pueblos, para los pueblos aún sin nombres. Nosotros trabajamos para el porvenir, nosotros á quienes se llaman hombres del pasado, vamos más allá que la ciencia, delante del comercio;

allí donde estamos solos, más adelante que nadie. Cuando no adelantamos á vuestros viajeros, seguimos sus pasos; ¿y para qué? Para hacer cristianos; es decir, hombres; es decir, naciones. ¿De qué pues tenéis miedo? ¿En qué os puede hacer sombra un Concilio, á vosotros que os intituláis con tan soberbia confianza hombres del progreso, heraldos del porvenir?

¿Acaso inquietará el Concilio á las nacionalidades, á las patrias? ¿Cómo podrían amenazar ó hacer traición á las nacionalidades conocidas del globo, que las invocan, que viven para su propia cuenta y para la defensa de su propia fe? ¿Son los Obispos de Polonia los que habrán de entenderse con los Obispos de Irlanda para la ruina de las nacionalidades y para la opresion de las patrias? ¿Pero existe un Obispo francés, un Obispo inglés, un Obispo, de cualquier nacion que sea, que ceda á nadie en patriotismo, que no tenga á gala el ser tan buen francés, tan buen inglés, tan buen ciudadano como el que más?

¿Deben concebir inquietudes las libertades? ¿Qué pueden temer de los hombres que desde las catacumbas hasta la carnicería de los Carmes han fundado el cristianismo con el sacrificio de sus vidas, y han visto correr siempre su sangre cuando se perseguía á la libertad al mismo tiempo que á la Iglesia? ¿Son los Obispos de América los que habrán de unirse con los Obispos de Bélgica, Ho'landa y Suiza en un complot contra las libertades? ¿Son los Obispos de Oriente los que habrán de ponerse con los Obispos de Francia, y tantos otros Obispos euro-

peos para cantar los beneficios del despotismo?

No, no; nada hay de verdad en todos esos temores, y sólo serian vanos fantasmas dignos de desprecio, si no hubiera en el fondo de todo eso la obra artificiosa de un ódio que prevé el bien y quiere á toda costa evitarle. ¿Qué hará el Concilio? No puedo decirlo; sólo Dios lo sabe en el momento en que hablo. Pero si puedo decir lo que es un Concilio, porque esto lo saben y lo átestiguan diez y ocho siglos de cristianismo y civilizacion. Concilio es la fuerza moral por excelencia, es la más noble alianza de la autoridad y de la libertad que puede concebir el espíritu humano, y áun me atrevo á afirmar que no lo hubiera concebido por sí solo.

(Se continuará.)

La señorita María de Gentelles, dice el *Monde*, ha publicado recientemente un libro sobre los abusos del lujo y del tocador en las personas de su sexo.

En él hace vehementes llamamientos á las damas que aun tienen fé, y acaba de tener una recompensa más grande de lo que esperaba, con una carta de Su Santidad, que recomendamos á nuestras lectoras. Por ella verán hasta qué punto el Vicario de Jesucristo quiere verlas á todas entrar en el verdadero camino de la modestia, sencillez y decoro cristianos.

Dice así:

«A mi muy amada hija en Jesucristo, Maria de Gentelles:

PIO IX, PAPA.

Querida hija en Jesucristo.—Salud y bendicion Apostólica.—En estos tiempos de peligros cada dia mas graves para las almas, nuestra principal tarea es acudir á estirpar las raices del mal, entre las cuales ocupa seguramente uno de los primeros lugares el lujo de las mujeres. Por eso, en el mes de Octubre último, cuando hablamos del respeto debido á la santidad de los templos, y de los medios que se deben tomar á fin de evitar ciertos desórdenes que se venian cometiendo en Nuestra ciudad de Roma, quisimos decir alguna cosa tambien de esa detestable plaga del lujo, que se estienda por todas, y de los medios para exterminarle.

Vemos con la mayor satisfaccion, querida hija en Jesucristo, que no contenta en conformaros con Nuestro aviso, comprendiendo muy bien la importancia y gravedad del lujo, habeis escrito un libro sobre su funesta consecuencia, á fin de excitar á vuestras compañeras sobre todo las que pertenecen á las sociedades de Madres cristianas é Hijas de María á unirse contra este mal, que es la ruina de las costumbres y de la familia. Porque es lo cierto, que por los cuidados de la persona y del peinado, cosas que se renuevan muchas veces al día, se absorbe el tiempo que se debia consagrar á obras de piedad, de caridad, ó los deberes de familia. el lujo es provocativo en las reuniones brillantes, en paseos públicos y otros espectáculos, porque enseña á andar de casa en casa, bajo el pretesto de atenciones

que cumplir, y allí entregarse á la ociosidad, á la curiosidad y á las conversaciones indiscretas. El es el que sirve de alimento á los malos deseos, el que consume la hacienda que se debia guardar para los hijos y para socorrer á los pobres. El es el que suele divorciar los esposos, y con mas frecuencia impedir la celebracion de los matrimonios, porque hay pocos hombres que consientan cargar con gasto tan enorme.

Como decia Tertuliano: «Se gasta en una cajita muy pequeña un inmenso patrimonio. Se gasta en un collar diez millones de sestercios. Una cabeza frágil y delicada lleva el precio de las selvas y de las islas. De sus delicadas orejas pende la renta de un mes: un anillo de oro adorna cada uno de los dedos de sus manos. La vanidad dá fuerza á un cuerpo de mujer para llevar un enorme capital.» Además la experiencia demuestra que este alejamiento del matrimonio es un nuevo alimento para el desorden. Por otra parte, apenas estas frivolidades que desunen la familia, permiten la buena armonía de una mútua intimidad. Se sacrifica al lujo la educacion de los hijos, por él se abandona el cuidado de los intereses domésticos, él es causa del desorden en la casa, todo lo ha trastornado. Después viene la reprobacion del Apóstol; «Si alguno no tiene cuenta con sus cuidados y sobre todo con los de su casa, ha renegado de la fé y es peor que un infiel.» Pero como un pueblo se compone de familias, una provincia de pueblos, un reino de provincias, así la familia corrompida envenena con su

contagio la sociedad entera y la preparan insensiblemente estas calamidades que hoy dia nos rodean de todas partes

Quiera el cielo que gran número de señoras se unan á tí para desviar de sí mismas y de sus allegadas, y de la pátria tanto mal, y que por su ejemplo aprendan las demás á rechazar lejos de ellas lo que pasa de una honesta compostura. ¡Que todas se persuadan de que para ganarse la estima y afecto de sus esposos no tienen necesidad de tan costosos peinados, ni tocados tan espléndidos, sino de cultivar su espíritu, su corazón y la virtud; porque toda su gloria viene del alma. Esta es la gracia añadida á la gracia de la esposa santa y púdica. «Solo, en fin, se tributará alabanza á la mujer que teme á Dios.

Hé aquí por que Nos deseamos á tu empresa el más feliz éxito, y como prueba de este éxito y de nuestra paternal solicitud, te damos nuestra benediction apostólica.—Pío Papa IX.

CULTOS RELIGIOSOS.

En los tres dias de Carnaval han tenido lugar en la parroquia de San Bartolomé de esta Ciudad las solemnes 40 horas que acostumbran á celebrarse anualmente en dichos dias y durante los cuales esta pacífica poblacion ha acreditado una vez mas su nunca desmentida religiosidad, prefiriendo la oracion y el retiro del templo al bullicio y las diversiones del mundo. La concurrencia de los fieles

ha sido en todos los dias tan numerosa, especialmente á la hora del Sermón, que mucho antes de dar principio á este, era casi imposible la entrada en el templo. El lunes predicó S. E. I. cuya autorizada palabra, si interesa siempre, si siempre cautiva y conmueve al auditorio por la sencillez, naturalidad y unción evangélica con que brota de sus labios, en ese dia produjo un efecto admirable, sobre todo cuando despues de haber bosquejado á grandes rasgos si, pero con los mas vivos colores el mal estado de la sociedad en general, con los ojos anegados en lágrimas y con una entonación tierna y amorosa nos dijo ¡Amados Hijos! ¿No habrá un remedio para evitar tan grave mal? ¿No podremos librar á la sociedad del abismo que amenaza sumergirla? Lo hay sí, respondió S. E. lo hay en la educación de la familia, base y fundamento de toda sociedad; continuó desenvolviendo este asunto de la manera mas provechosa á la generalidad de los oyentes y terminó su admirable Sermón, dirigiéndose á los padres de familia y diciéndoles, instruid á vuestros hijos, educadles conforme á los principios del Evangelio y las máximas de la religion cristiana y la sociedad se habrá salvado. El domingo y el martes predicaron respectivamente el Lic. D. Pedro Goy Garrote, párroco de la espresada iglesia y D. Gerónimo Rodríguez, beneficiado de la Santa Iglesia Catedral.

NOTICIAS GENERALES.

RESTAURACION DEL MONACATO EN PRUSIA.

L'Univers da cuenta de una solemnidad religiosa que acaba de verificarse en Prusia. En esta nacion protestante se ha restaurado la Orden de San Benito, en Beuron, antiguo principado de Hohenzollern. Su primer abad, Mr. Maul Wolter, ha sido consagrado en San Pablo de Roma; á su vuelta á Beuron ha sido recibido con gran pompa y solemnidad. Dos magníficos arcos triunfales habian sido levantados; la joven familia benedictina recibió al nuevo Abad bajo el primero de estos arcos, y esperaba al Prelado gran multitud de gente y amigos, entre los cuales estaban las princesas Catalina y Carolina de Hohenzollern, los Abades de Reigern, la mas floreciente abadía del Austria, y de San martin de Liguge en Francia; el conde de Sailern, que habia ido de Austria, los barones de Euzberg y de Stolzingen etc. etc.

El hermano del Abad, Plácido Wolter, dirigió al Prelado una alocucion muy sentida y conmovedora, manifestando que, al lado del edificio espiritual estaba terminado. El cortejo se puso en marcha cantando el *Benedictus*, dirigiéndose á la Iglesia y luego á la sala capitular. Allí se dió lectura del documento relativo á la bendición abacial, y en seguida el nuevo Abad fué resvestido con los hábitos pontificales.

La mitra, el anillo y el cayado habían sido dados por el antiguo Abad de Richenan: el pectoral era regalo del venerable confesor de la fe, el difunto arzobispo de Friburgo, M. de Vicari. Desde la sala capitular se dirigió el cortejo al coro cantando el *Ecce sacerdos*; en el coro se hizo la ceremonia de prestar obediencia al Abad, el cual dió la bendición, terminando la solemnidad con el *Te Deum* y visperas pontificales.

La iglesia abacial, recientemente restaurada, lucia sus adornos mas suntuosos, y la princesa Catalina ayudó á decorarla con sus propias manos para este memorable dia. El Prelado recibió la visita del señor de Blumenthal, presidente de la regencia de Sigmaringen, y de otros varios individuos de la misma regencia y empleados del principe Carlos Antonio de Hohenzollern, que felicitó al Abad, por el telégrafo. De otras doce abadías llegaron telegramas de felicitacion.

Motivo muy justo de alegría para los católicos de Prusia será tener en su seno un establecimiento de la célebre famosa Orden de los Benedictinos. Nosotros tambien nos alegramos con ellos; tambien rogamos porque esta nueva morada de la virtud y de la ciencia produzca en Prusia los abundantes y saludables frutos que con tanta razon esperan aquellos católicos.

Japon. El Rdo. P. Peruy, misionero católico en la China, acaba de dar á luz en *The Tablet*, recibido ayer la siguiente interesante y consoladora noticia:

«Al abrirse recientemente una nueva iglesia al culto católico en el Japon, algunos de los habitantes solicitaron permiso para hablar con los misioneros, y les hicieron las siguientes preguntas: Primera: «¿Dependeis «vosotros de la gran Cabeza de la «Iglesia en Roma? Dependemos, contestaron los misioneros; somos hijos «del soberano Pontifice, nuestro Santísimo Padre el Papa, Cabeza de «la Iglesia y Vicario de Jesucristo en «la tierra.» Segunda: ¿Estais casados? «—No lo estamos, porque somos sacerdotes, y los sacerdotes católicos «hacen voto de castidad; su familia se «compone de las almas confiadas á su «vigilancia.» Tercera: «¿Creeis vosotros en la Inmaculada Concepcion «de la Santísima Virgen María, Madre de Dios?—Si; esa es nuestra fé, «y decimos con la Iglesia: ¡Oh María concebida sin pecado, ruega por «nosotros!» Al oír esta última respuesta, los japonses se echan á los pies de los misioneros, y los abrazaron con lágrimas. En seguida, levantándose, dijeron:—«Vosotros, no cabe «duda; sois verdaderos sacerdotes católicos, y nosotros somos hijos vuestros; porque somos cristianos, pero «es mas: existen en el vasto imperio «del Japon millares de católicos que «practican ocultamente la antigua fe «de los mártires.» Los misioneros, llenos de asombro, alabaron y bendijeron á Dios, la iglesia en el Japon puede ahora alzar la cabeza y esclamar: ¡Yo soy la hija de S. Francisco Javier y de los mártires canonizados por Pio IX!